

tenía dolores de cadera que la hacían cojear. Lo del carrito era sabido; lo de la cojera no. Le pedí que lo publicara en algún sitio para conocimiento de los eruditos en Machado y me prometió hacerlo, pues era miembro directivo de esta misma Asociación de Médicos Escritores y Artistas y colaborador de *ABC*. No cumplió la promesa y yo no lo hice por respeto a él. Acabo de calificar de extraño este dato porque se contradice en absoluto con una revelación del propio don Antonio que, en carta dirigida desde Baeza a don Miguel de Unamuno, sin fecha, dice taxativamente al final: «Mientras luché a su lado [de Leonor] contra lo irremediable, me sostenía mi conciencia de sufrir más que ella, pues ella al fin, no pensó nunca en morir y su enfermedad no era dolorosa» (el cursivado es mío). La frase es irrefutable.

Ahora bien, médicamente, este hecho tendría fácil explicación, y por eso yo no descarto del todo su posibilidad. La enfermedad de Leonor fue una tisis pulmonar, que en París produjo una diseminación hematogena o broncogena con enorme cuadro febril, intensa disnea y hemoptisis alarmante; es decir, un cuadro condicionado por el paso a todo el cuerpo de los bacilos de Koch a la sangre desde lesiones previas, que pudo tener una localización más —y clásica— en la articulación coxofemoral, conocida como de origen tuberculoso: la coxalgia. Y pudo ocurrir que Machado comprara el carrito no sólo por el deseo de llevarla a respirar aire puro, como siempre se ha dicho, sino para mantener en mayor reposo esa articulación y evitar que los movimientos aumentaran los dolores o la gravedad; y acaso también porque a ambos les diera vergüenza (él alto y ella bajita) pasear con tal cojera en una ciudad como Soria, donde la gente ya había comentado con sorna el matrimonio de tan diferentes edades. Pues bien, esa diseminación, con o sin coxalgia, pone en evidencia una realidad médica indiscutible: que Leonor venía siendo tuberculosa desde antes de casarse, ya que sin lesión previa (ganglionar o parenquimatosa) no cabe tal diseminación. Fueron el ajeteo de recién casada y la falta de reposo las causas que desencadenaron el estallido de París. Ocurría entonces con extraordinaria frecuencia que las familias ocultaban el mal —que solía ser silencioso, salvo una febrícula achacable, por error o falsedad, a otra cosa—, que los padres casaban pronto y hasta con hipócritas prisas a las hijas o los hijos para colocarlos o para reunir capitales y dotes o para no romper ilusiones juveniles, pasara lo que pasare después; sin olvidar el carácter enamorado de los tuberculosos, tan explotado en la literatura mundial de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Esto explicaría la frase irónica de Rafael Calvo, publicada en *Insula*, según la cual Antonio Machado «no se casó», sino que «lo habían casado» y que él «se había dejado enamorar». Meses más tarde se me ocurrió preguntar por teléfono si sabían algo de esta cojera fímica a José Luis Cano, tan conocedor de Antonio Machado y a Luis Rosales, estudioso y detallista, y los dos me dijeron ser la primera vez que lo oían; escribí a los ya citados amigos de Machado y todas las respuestas fueron negativas o sorprendidas. Yo tengo para mí que algo de eso hubo y que si el asunto no trascendió fue por el ligero silencio con que entonces se cubrían tales trances...

No llegué a hacer las transcripciones de las cintas magnetofónicas porque todos me dijeron no necesitarlas para escribir sus comunicaciones. Pero al cabo de mucho tiempo y ante la inutilidad de mis reiteradas y ya pesadas lamentaciones me sentí mal correspondido y renuncié a la publicación. Dos aportaciones que ya había recibido (las de La-

fuelle Ferrari y José Antonio Maravall) las regalé a uno de los más competentes eruditos en Machado. De las dos reuniones se hicieron varios centenares de fotografías con las que obsequié a los asistentes, quedándome yo con cerca de cien. De los documentos machadianos, de las cintas magnetofónicas, del permiso oficial, del álbum de fotografías, de las copias de las reseñas periodísticas, de la carta del director de la Biblioteca Nacional, de la edición para el teatro La Barraca de *La tierra de Alvargonzález* con sus variantes y de mi trabajo en *Papeles de Son Armadans*, así como de los poemas de Vicente Carrasco y de otros dos míos, he hecho donación a la Fundación Antonio Machado que con tanta seriedad como éxito está trabajando.

IV

Hace muy pocos meses, es decir, treinta y pico años después de aquellas reuniones, mi nonagenario y gran amigo Luis Calvo, me hizo un relato sorprendente que no había querido contar en Torrelodones por temor a que sus palabras pudieran derivar hacia apasionados desbordamientos políticos que me perjudicaran. Muy en los comienzos de la guerra civil Luis Calvo se hospedaba en una pensión u hotel de Burgos en la que también lo hacían Marcial Lalanda, Manuel Bienvenida y Manuel Machado con su esposa, cuando cierto día, al llegar a la pensión, se encontró a Eulalia llorando y muy asustada porque habían detenido a su marido y alguien le acababa de decir por teléfono que podrían matarle aquella misma noche. Luis Calvo salió corriendo hacia un centro oficial desde el que informó por teléfono a Juan Ignacio Luca de Tena, quien se puso inmediatamente al habla con el general Mola que dio la orden de ponerlo en libertad. Calvo cree recordar que la orden se cumplió con rapidez.

Creo que este hecho tan tardíamente sabido, muestra cuán extendida estaba por toda España, en aquellas calendas, la creencia de que los hermanos Machado tenían pensamientos coincidentes; Manuel, pues, estuvo a punto de ser «paseado». La actitud posterior de éste durante la domesticación franquista y su aceptación para miembro de la Real Academia Española, a propuesta de José María Pemán y de Eugenio D'Ors dependieron ya de otros factores; por ejemplo, de su capacidad de adaptación al medio, ya que no todos los hombres tienen madera de héroes para jugarse la vida, y Manuel era mucho menos pusilánime que Antonio. La contraposición política entre Antonio y Manuel que algunos fanáticos airearon con deslealtad o ligereza durante y después de la guerra civil, y en los dos bandos, es incierta. No se olvide tampoco que mientras don Antonio fue siempre bastante tímido, Manuel era un extravertido flamencólogo.

V

He expuesto todos esos recuerdos y noticias sobre Antonio Machado antes de que desaparezcan conmigo, porque varios de ellos merecen difusión, aunque sean susceptibles de dudas e interpretaciones distintas. Los comentarios de Machado sobre don Manuel Azaña, el extraño y no bien conocido sexualismo de don Antonio (que como intimidad autén-

tica no constituye ningún borrón), la posible cojera de Leonor y su explicación, la detención de Manuel Machado en Burgos, son datos valiosos para enjuiciar bastantes circunstancias de sus vidas.

Hay un tema, no del todo baladí, en la biografía de Machado que toca también a la de sus hermanos, del que, salvo muy posible ignorancia mía, nadie se ha ocupado; y pienso que podría tener algún valor al estudiar las personalidades adultas de todos ellos. Es el de saber si hicieron o no el servicio militar que era obligatorio a menos que se cumplieran ciertos requisitos. Tal etapa dejaba siempre huellas que de una u otra forma modulaban psicoeducativamente el futuro. Decía Julio Camba con sorna que en unos meses, un simple y semianalfabeto sargento era capaz de modificar la personalidad de unos reclutas educados a lo largo de los veinte años precedentes. Yo he pensado que Antonio evitó «servir al Rey» como entonces se decía, por ser hijo de viuda⁴; pero, ¿lo eludieron todos? Que yo sepa la familia tampoco estaba financieramente muy boyante. Las edades de la vida en que el servicio se hacía coinciden, además, con estancias de Manuel y Antonio fuera de España. E intuyo que este último, como fiel institucionista, podría haber dejado en algún punto de su obra o en sus cartas algún testimonio directo o indirecto de aquello; con más motivo habiendo tenido que vivir en sus últimos años una rememorante guerra civil, aunque a los 61 ya no fuese movilizable. Pero ni a simple título de recuerdo lejano, ni como comentario en lo que escribió sobre lo que un ejército debe ser, ni cuando habla de la disciplina necesaria para vencer en una guerra, salió el asunto a relucir.

Pero el hecho de haber eludido tal servicio también puede tener significación; porque si la militancia endurecía el temperamento, en la casa de los Machado ninguno fue duro de carácter y precisamente Antonio fue blando y dúctil y caprichoso. Un ilustre psiquiatra de Madrid, el doctor Enrique Escardó, comentando cuanto había oído decir en las sesiones de Torreldones y de Madrid con referencia a las relaciones entre los hermanos y entre éstos y su madre y la vida sentimental y sexual de don Antonio y el mimo con que a éste le trataba su familia toda, sacó la conclusión (ingenua pero no del todo despistada) de que éste había sido un «niño mimado» digno de un profundo estudio psiquiátrico y psicoanalítico. Estudio que nadie ha realizado. He revisado toda la bibliografía que recogen Oreste Macrí, José Luis Cano y Aurora de Albornoz y no hay un solo dato al respecto. Ruego no se considere esta actitud mía, preconizadora de una investigación antropológica y mental, como una blasfemia contra nuestro poético dios. ¡Menudo material ofrecen los amores con Leonor, con Guiomar, con la baezana, con su amiga de la calle Hileras; sus múltiples evasiones en los apócrifos con inesperadas conclusiones; el mimo familiar y las tragedias de la guerra y su horripilante final! Ese mismo detalle de acompañarle siempre su hermano José, como le ocurría a Solana (que era su opuesto temperamental) ofrece datos para el estudio. Creo que a don Antonio le acompañaban por mimo y a Solana por miedo.

Con esta modesta disertación quiero autocompensarme un poco del olvido en que cayeron mis reuniones de 1968, sólo recordadas atentamente por Paul Aubert en el reciente cincuentenario de la muerte de don Antonio, que muy profundamente agradezco. Ni en la insuperable obra conjunta de Macrí, ni en el texto biográfico que la Fundación Machado incluye en el Catálogo de la Exposición Itinerante, aparecen mencionadas aquellas reu-

⁴ El gran poeta y estudioso machadista don Leopoldo de Luis me ha sugerido la posibilidad de que hayan evitado el Servicio Militar, como entonces podía hacerse, aportando una cantidad en dinero. Pero creo que la familia Machado no abundaba en medios económicos.

niones en las listas de los homenajes rendidos a nuestro apóstol; y aparte de los méritos relacionables con el machadianismo, aquellas reuniones tuvieron el de que, por primera vez, se pudiera conocer el espíritu auténticamente democrático y antifranquista de determinadas personalidades que se explayaron con desahogo. Cierto que en aquellos cónclaves faltaron muchas personas cuyas opiniones eran y siguen siendo valiosísimas; pero no se olvide que fueron unos actos privados en los que convoqué solamente a quienes personalmente conocía y trataba.

En cierta medida atribuyo ese olvido a mi descuido en no haber incluido un prólogo explicitante de tales sesiones en un trabajo publicado en *Papeles...*; al carácter agobiante de mis actividades profesionales en aquellos años; y, por qué no decirlo, a mi incapacidad para hacer una exhaustiva distribución del tiempo como en sus días hacía Maraón y en la actualidad hace Laín. Me conformé con la aparición de las informaciones periódicas mencionadas y con que, cuando la Biblioteca Nacional de Madrid celebró la exposición «Los hermanos Machado» en 1975 (centenario del nacimiento de don Antonio) que tampoco sé por qué motivo nadie la suele citar, en su catálogo figuran los documentos que Azorín me dio. Conservo la carta de agradecimiento del que era director de aquella institución.

Pero hay más. En agosto de 1984 fui sometido a una intervención quirúrgica por una enfermedad progresivamente invalidante quedando paralizado de pies y manos, a lo que se sumaron disgustos familiares casi inconcebibles que todavía perduran. Y todo esto coincidió con la creación de la Fundación Antonio Machado (marzo 1984), por lo que me vi impedido para contactar con ésta desde el primer momento. Por todas esas razones disculpo a los desconocedores y olvidadizos.

Muy sinceramente expreso mi gratitud a Oreste Macrí por mencionar mi trabajo de *Papeles...*, y a otros que también lo han hecho. Pero en la historia de una vida modesta como la mía, han echado raíces más hondas y tenido significaciones más calurosas las vivencias de aquellas sesiones, que la publicación de un aislado trabajo de historiografía machadiana, muy inferior, en todos los aspectos, a los de tantos eruditos en Machado. La Fundación Antonio Machado ha tenido la gentileza de aceptar mis recuerdos de aquellas reuniones y la hidalguía de acogerme en su seno, por lo que mi agradecimiento no tiene límites. Como tampoco los tiene la cita de Aubert que mis oídos oyeron cuando menos lo esperaba.

Francisco Vega Díaz